

Carmen González: la huerta de La Punta (Valencia)

Mara Cabrejas*



Si a cambio de poner más cemento y contenedores, los gestores públicos están diseñando la destrucción de más de 700.000 m² de la huerta tradicional de La Punta, situada al sureste de la ciudad de Valencia, entre Pinedo y Natzaret, contrariamente el cuidado y la protección de esta huerta es la razón de las luchas ecológicas de un colectivo de mujeres de La Punta. Son desafíos femeninos y ecológicos contra las políticas neodesarrollistas del Ayuntamiento de Valencia, de la Generalitat Valenciana y del Ministerio de Fomento, que conjuntamente proyectan la ampliación del Puerto de Valencia con la construcción de una Zona de Actividades Logísticas (ZAL).

Estas opciones conservacionistas podrían actuar de fermento de una nueva ciudadanía que reconozca el dolor y los peligros que la pérdida de este trozo de huerta conllevaría para las condiciones de habitabilidad metropolitana. Las mujeres de La Punta han comprendido que las frugales necesidades de subsistencia de la huerta imponen drásticas restricciones a proyectos concretos de desarrollo basados en el crecimiento del cemento y asfalto. Estos novedosos aprendizajes ecofeministas seguramente se sustentan en singulares biografías y experiencias cotidianas de convivencia y trabajo en las agroeconomías familiares, y en los compromisos que estas mujeres tienen con las luchas comunitarias de la pedanía. Sus vidas están encajadas en los ciclos de vida de plantas y tierras, en la trama de la vida rural de la huerta periurbana de Valencia, y sus resistencias a las políticas del cemento sobre la huerta expresan una profunda consciencia de las dependencias y valiosos servicios que las islas de minicultivos de hortalizas que aún sobreviven ofrecen al conjunto de la ciudad.

* Profesora del Departamento de Sociología y Antropología Social de la Universitat de València.

¿En qué circunstancias se creó la Asociación de Vecinos de La Unificadora ?

A finales de 1993 los vecinos nos enteramos que Iberdrola quería construir una central de transformación eléctrica en La Punta. Infructuosamente solicitamos al alcalde pedáneo que defendiera nuestros derechos y que se negara a aceptar la central eléctrica. Y en una manifestación de protesta que los vecinos hicimos delante del Ayuntamiento de Valencia, fue la primera vez que supimos que nos querían tirar a todos de casa por una cosa que llamaban ZAL. El concejal de urbanismo nos dijo que antes de año y medio teníamos que hacer las maletas y marcharnos porque se iba a construir allí una ZAL. Ese día fue el peor día de mi vida.

En abril de 1994 se hicieron las elecciones para la renovación de cargos en la AAVV de La Punta controlada por el partido de derechas Unión Valenciana, pero se nos negó el voto a cuarenta familias porque no éramos miembros de la AAVV. Fue entonces cuando decidimos que teníamos que hacer algo y luchar contra la ZAL que pretendían colocar en la huerta a cambio de algo que llamaban Plan de Mejora Rural para La Punta. Expropiaciones a cambio de darnos 204 viviendas y urbanizar dos calles en el núcleo más poblado. Entonces decidimos crear otra AAVV. La llamamos La Unificadora, porque queríamos unir a todo el pueblo. Primero se creó una gestora, todos eran hombres. Yo ni me presenté a la Junta Directiva, pero dieron mi nombre.

La primera lucha, y en la que aún continuamos, fue contra la central de transformación eléctrica. Pensamos que este proyecto era una primera piedra para la urbanización de la huerta de La Punta, y que si conseguían eso, era el primer paso para después conseguir recalificar todo el terreno como urbanizable. En 1995 conseguimos tirar atrás este proyecto por carecer de estudio de impacto medioambiental, después de padecer durante mucho tiempo una política de acoso y derribo que nos obligó a estar en estado de alerta continuamente ante personas extrañas que entraban en los campos engañando a la gente. Los corredores de tierras iban a nuestras casas para intentar comprarlas. El Ayuntamiento practicaba con nosotros una prepotente política de hechos consumados, y con argucias administrativas intentaba recalificar los terrenos y tramitar la

licencia de obras a pesar de la declaración de impacto ambiental negativo dada por la Consellería de Medio Ambiente y de Industria.

¿Cuáles son las razones de vuestra actual lucha contra la expansión industrial del Puerto de Valencia sobre las tierras de la huerta de La Punta ?

Porque vivimos aquí. Porque esto es huerta. Porque esta huerta histórica y tradicional de Valencia forma parte del paisaje urbano y de la calidad de vida de esta ciudad. Porque además es una zona de alta productividad agrícola. Somos un colectivo arraigado que ha crecido y convivido junto a la huerta desde tiempos inmemoriales, nuestras casas están diseminadas y con los campos alrededor. Se ha necesitado mucho trabajo y muchas generaciones para que la gente pudiera hacer suyas las tierras, y aún hay mucha gente sin tierra propia que hace veinte o treinta años continuaba con los arrendamientos históricos. Son familias que han vivido siempre aquí, y que se han matado a trabajar para mantener las tierras, les ha costado mucho adecuarlas porque estas tierras han sido muy inestables, debido a que es una zona de inundación de marjal al borde del Parque Natural de la Albufera. Desde el siglo XIV se han venido haciendo aterramientos, se ha metido arena y trabajo, se han construido márgenes y acequias, se han hecho plantaciones de árboles.

La gente que vivimos en La Punta queremos seguir viviendo como estamos en calidad y en estilo de vida. Nos encontramos aislados de la ciudad, pero disfrutarla es fácil, está al lado. Los jóvenes de aquí tienen el privilegio de vivir en una casa en la huerta al tiempo de que pueden gozar y hacer una vida urbana si quieren. Las personas que alquilan sus casas y se fueron a vivir a la capital, vienen todos los días y fines de semana, no rompen el cordón umbilical con la pedanía. Alguna gente que trabaja en la ciudad y que no trabajan las tierras o que las dan en alquiler, dicen “a mí la tierra me da igual, pero la casa que no me la toquen”. ¿Pero, en qué cabeza cabe esto? La casa siempre ha estado en función de la tierra y el trabajo, la riqueza de la tierra ha construido la casa que se ha hecho con la tierra misma. ¿Cómo sino se ha podido pasar de la barraca a la casa? Algunas casas eran alquerías pero eran de pudientes.

Tenemos nuestra propia cultura rural, nuestras tradiciones y nuestra historia. Pero esta zona ha sido siempre la parte sacrificada de la ciudad. En época de epidemias se dejaba a los muertos en la partida del Perú, era el osario de la ciudad. También era un lugar de refugio de perseguidos por las autoridades, porque era una zona intransitable. El final de la acequia de Rovella siempre ha recogido las aguas fecales de Valencia, ha sido el basurero de la ciudad. O sea, La Punta ha servido de alimento de la ciudad y también ha sido un sitio para guardar sus miserias. En los años sesenta y setenta, se sacrificó parte de la huerta con el Plan Sud y el nuevo encauzamiento del Turia, la autopista del Saler que no va a ninguna parte, la depuradora de Pinedo, MercaValencia, las vías de ferrocarril Valencia-Tarragona, la ampliación sur del Puerto que nos estropeó la playa de Pinedo. Y ahora quieren hacer una ZAL haciendo desaparecer más de 700.000 m² de huerta productiva capaz de criar cuatro o cinco cosechas al año, lo que supondría la pérdida de un patrimonio colectivo construido con trabajo humano desde hace 700 años. Da escalofríos pensar en perderla, porque es un patrimonio nuestro y de todos, una huerta alimentadora y una posible alternativa de futuro para muchos jóvenes.

Si aún no han llevado adelante el proyecto de la ZAL es porque no tienen argumentos y se trata de un proyecto arbitrario, injusto e ilegal. Viola la normativa de la Ley del Suelo no Urbanizable, la Ley de Ordenación del Territorio y el PGOU vigente de Valencia que califica las tierras como agrarias de especial protección. Nos dicen que es necesaria la ZAL para mejorar la competitividad económica del Puerto y para eso de abrir Valencia al mar. Pero la realidad es que no dan razones de lo que supondría de mejora para la ciudad. Nos oponemos a las cosas por decreto y sin explicación, y sabemos que si realmente se considerara necesario hacer la ZAL, existen otras zonas alternativas, mejores y más adecuadas. En 1995 nos enteramos que iban a hacer en Coslada de Madrid, una ZAL y comprendimos que la distancia de la ZAL en relación a la ubicación portuaria no era un problema real, debido a que una ZAL no es para almacenar mercancías, sino un centro de organización del movimiento portuario, con oficinas y telemandos, por lo que su emplazamiento no tendría que estar necesariamente al lado del Puerto de Valencia. El puerto que siempre ha sido puerto industrial es el Puerto de Sagunto, donde antes hubo

industria siderúrgica. Allí hay siete millones de m² de los que una parte podrían servir para la ZAL y así la Administración se ahorraría los faraónicos gastos públicos necesarios para las expropiaciones.

La ZAL es una gran jugada especulativa y urbanizadora, con fuertes implicaciones de algunos responsables políticos de la gestión municipal. Hay grandes intereses económicos puestos en el juego de adjudicación de contratas y comisiones. Por ejemplo, el acceso Sur al puerto podía haberse realizado con un puente directo a la dársena. Pero, ¿por qué se tapó la playa de Natzaret? Porque había una oficina del suelo, de la especulación. Es también lo que hay detrás de la ZAL. Ya sabemos como se hace esto. Hacen un proyecto en este caso por la zona oeste de la ciudad, por la zona de la llamada Ciudad de las Ciencias y las Artes. Es decir, por donde la ciudad se está expandiendo urbanísticamente. Si el proyecto al final no se realiza, pues ya se aprovechará la zona para hacer cualquier otra cosa. Eso sí, una vez que el suelo ya esté recalificado para urbanizarlo y una vez que la huerta ya se haya destruido o abandonado.

El problema no es sólo La Punta y el Puerto, sino que hay que ampliar el debate ciudadano en torno a las relaciones de la ciudad con el Puerto y su huerta. ¿Qué tipo de ciudad queremos? ¿Una ciudad portuaria o una ciudad con puerto? Yo no quiero una ciudad portuaria. He vivido cinco años en Marsella, una ciudad miserable y xenófoba donde se trafica con armas y personas. Una ciudad que corrompe a la gente y que aumenta la degradación humana. Se desconoce lo que llevan los contenedores, lo que entra y sale por el puerto. Los puertos hoy no son un lugar por donde entre la cultura, sino que son núcleos de miseria, y yo no quiero eso para mi ciudad. Es mejor usar ese dinero público para otras opciones más necesarias.

Yo abandoné un piso de ciudad buscando una forma de vida más humana. Mis hijos se han criado aquí, buscábamos salir del aislamiento y el anonimato del actual modelo de ciudad que favorece la pérdida de contacto entre la gente y el desconocimiento de los problemas de los demás, donde sólo la televisión conecta. Creo que hacen falta cosas muy básicas en la ciudad debido a la gran carencia de dotaciones colectivas como zonas verdes, los barrios de Valencia apenas tienen bibliotecas, centros de salud, colegios públicos. Estas carencias deberían guiar las prioridades políticas del Ayuntamiento.

¿Cómo incide la vecindad territorial que tiene La Punta con el Puerto de Valencia?

Nos decían que los contenedores no saldrían del recinto portuario, y en cambio hoy se amontonan e invaden ilegalmente algunos campos. Antes traían troncos que han introducido flora y fauna no autóctona. Pero hoy no se sabe lo que pueden llevar. Desde amianto en polvo a armas de guerra. En su momento, los alquileres que pagaban al agricultor las empresas de contenedores, eran una salida económica. Pero hoy son miseria, entre catorce y veinte mil pesetas al mes a cambio de llenar las tierras de mierda. Pero en los contratos de alquiler, las empresas no se comprometen a recuperar las tierras si dejan de utilizarse como bases de contenedores.

Hoy sabemos que los contenedores impulsan la desaparición de esta singular forma de vida. Hacen que la gente se marche aunque les gustaría quedarse a vivir aquí y trabajar las tierras, porque ven que los contenedores degradan los suelos en los que vivimos.

Además la administración utiliza el argumento de la degradación que conllevan los contenedores para a su vez defender la eliminación de la huerta, porque dicen que ya está muy degradada. En general, la gente de la pedanía se queja sobre todo del paso de camiones por la noche y de no poder dormir. Aguantan, y aunque critiquen el tráfico de camiones, no denuncian la situación porque hay un grupo pequeño de gente joven de La Punta que trabaja en estas empresas en unas condiciones de precariedad laboral y sin otras salidas de empleo. Por ejemplo, si se tira aceite a las acequias, no dicen nada porque la empresa los compra y los calla con regalos de lentejas, aceite, etc.

¿Cómo percibes el futuro de la huerta de La Punta? ¿Cuáles serían las posibles alternativas de conservación de la huerta para esta zona de la ciudad?

No queremos sólo un plan de mejora para una calle. Aquí no hacen falta más viviendas nuevas, las que hay y las que están deshabitadas deberían poder ser rehabilitadas con ayudas y préstamos blandos para la gente joven de la propia pedanía. Queremos un plan integral de mejora rural que abarque todas las

condiciones deficitarias en las que vivimos. No existe alcantarillado ni agua potable para un 80% de la población, faltan unos medios de transporte público adecuados para el conjunto de la zona, no existe un centro social para el encuentro entre la gente jubilada, faltan dotaciones y ofertas culturales, carecemos de un centro de salud.

En esta época de inestabilidad y carestía de los productos agrícolas, y dado el creciente avance de la desertización en el territorio valenciano, queremos potenciar la agricultura tradicional en La Punta, que hoy por hoy no puede llegar a ser biológica debido a que nos llegan sucias las aguas de riego y no hay sistemas de depuración.

Los agricultores saben combinar y alternar los cultivos para enriquecer las tierras y no desvitalizarlas. Aquí hacemos recogida selectiva de basuras, en cualquier casa todo se guarda y aprovecha. Por ejemplo, con los botes de aluminio, con el tomate perdido o muy maduro se hacen conservas, lo que se saca de las cuadras también se aprovecha para abonar las tierras. Aunque siempre hay alguna gente que quiere ir más aprisa y sacar los tomates antes para hacer cuatro duros en dos días. Los ecologistas tienden a ver la huerta como una zona contaminada por el uso de pesticidas, y realmente hemos pasado una época en la que los agricultores han hecho mucho uso de químicos, y tienen la fama de echar muchos nitratos. Pero en esta zona, aún se trabaja el campo de forma tradicional. Se tienen los aperos y las herramientas en casa, aún se riega por tandas, y es una agricultura que apenas está mecanizada. A los agricultores que se dedican en exclusiva al campo, las cosechas les resultan rentables, y mucho más si son miembros de una cooperativa. Si sólo tienen una parcela muy pequeña, de eso no pueden vivir. Pero en cambio si continúan viviendo en la huerta, la trabajan para el autoabastecimiento, y si tienen excedentes los venden a otro.

La vida en la huerta no es fácil, aunque a la gente que vivimos aquí nos gusta, y no es por interés económico. La gente se hace mayor por lo que hace falta fomentar que los jóvenes quieran trabajar la tierra. No se potencian cooperativas agrarias ni se dan alternativas a la precariedad y los trabajos mal pagados. Pero, se podrían hacer campos de trabajo para jóvenes enseñados por gente mayor que estaría encantada de ayudarles a aprender las técnicas y los saberes tradicionales de la

huerta. También podría construirse un centro y programas para las personas ancianas de Valencia, para que durante el día pudieran hacer un trabajo útil cultivando sus campitos, y por la noche se fueran con sus familiares a sus casas. Podrían hacerse granjas escuelas y aulas de agricultura para los niños, para que conocieran la huerta de alrededor de la ciudad. Algunos campos podrían ser usados por la Universidad para las tareas de docencia e investigación.

¿Por qué sois mayoritariamente mujeres las que lideráis esta resistencia social a las presiones urbanizadoras sobre la huerta por parte del puerto y de los gestores públicos?

Los hombres al principio pensaban que no se iba a poder hacer nada, que era una lucha perdida de antemano, y que si nos

resistíamos haríamos el ridículo. Por eso nos han dejado hacer a las mujeres. Para ellos, hacer lo que hacemos es hacer el ridículo. Un corte de carretera para denunciar las bases de contenedores es hacer el ridículo. Ir a una manifestación es hacer el ridículo. Ir a una reunión es perder el tiempo. Entonces, no se implican.

De la parte masculina de mi propia casa he recibido muchas presiones. Yo tuve que pasar casi seis meses con la lucha contra Iberdrola sin que en mi casa me hicieran el mínimo caso. Mi familia me veía como si estuviera loca. Además, me miraban mal. Cualquier hombre de la pedanía, de esos que no tienen *trellat*, me decía : “¿Que es lo que haces tú ahí en vez de estar limpiando tú casa ? ¿Si tu no sabes ni limpiar los platos!, ¡soguarra!”

Ahora, muchos hombres están con nosotras. Los hombres que están en la asociación que tiene 203 socios nos defienden a capa y espada.

La huerta de Valencia se ha reconocido históricamente como las tierras de cultivo bañadas por las ocho acequias del río Turia. Con una excepcional fertilidad agrícola que llega a producir cuatro cosechas al año, esta plana de aluvión ha posibilitado el desarrollo de un tradicional mundo agrícola basado en rotaciones de múltiples variedades de cultivos de hortalizas según las necesidades de tierras, plantas y mercados agrícolas. El desarrollo de una aglomeración metropolitana que hoy cuenta con un millón trescientos mil habitantes aproximadamente, y la ausencia de planes efectivos de ordenación de este conjunto territorial, ha convertido al atomismo de los planeamientos urbanísticos municipales en los casi exclusivos vertebradores de la expansión urbanizadora y de la paulatina desaparición de la huerta histórica de la comarca. El actual desarrollo metropolitano concentra múltiples actividades (industriales, de servicios, agroindustriales, carreteras, viviendas...), y se basa en una inacabable ampliación del espacio urbanizado fuertemente incompatible con la preservación agrícola. En las últimas cuatro décadas el espacio geográfico de la huerta de Valencia se ha reducido a un tercio. Hoy los proyectos de desarrollo local continúan amputando y degradando las milenarias tierras de huerta y las formas tradicionales de vida rural. Los conflictos socioecológicos que se dan desde hace décadas en torno a la conservación de la huerta, por un lado, o su destrucción, por otro lado, han sido desatados por una inacabable bulimia urbana muchas veces impulsada por los gestores públicos. Hoy estas tensiones sociales se expresan en la lucha en defensa de la huerta de La Punta llevada adelante por una singular alianza rural-urbana (ecologistas, agricultoras/es autóctonos, profesionales independientes, partidos de izquierda, sindicatos, AAVV, colectivos ciudadanos contra proyectos concretos del maldesarrollo urbano de Valencia).

Mujeres por La Punta

Palabras pronunciadas el 24 de enero de 1999 durante la plantación de dos árboles en la huerta de La Punta en una celebración y doble homenaje: a las mujeres de la Punta que lideran las luchas agroecológicas contra la ZAL industrial del Puerto de Valencia, y a las reconocidas ecofeministas Petra Kelly y Wangari Maathai, que han trabajado en el movimiento verde por la protección de la Madre Tierra y por la autosuficiencia y justicia entre los pueblos.



MANIFIESTO

elaborado por la plataforma ciudadana «Salvem La Punta, Defensem l'horta»

Nosotras, mujeres de la ciudad de la huerta de Valencia,

que sobrevivimos comprometidas con las plantas y con las tierras de la huerta, y que sabemos que el dolor provocado a la huerta es un indicio de lo que nos podría suceder también a nosotras, somos conscientes de que las últimas islas de huerta de Valencia se encuentran en peligro de extinción y muerte, como efecto de la inacabable amputación y sustitución de sus tierras vivas por el frío cemento que crece y crece.

Nosotras, mujeres de la huerta de la ciudad de Valencia,

sabemos que los sufrimientos terminales de estas tierras y cultivos, niegan las esperanzas de mejora de las condiciones de vida de la gente que vivimos en el territorio metropolitano, al tiempo se nos pone más difícil la tarea de construir un mundo más equitativo y solidario, y del mismo futuro.

Nosotras, mujeres que vivimos en la ciudad de Valencia,

queremos preservar los lugares rurales más singulares y propios de nuestro pasado y presente: una huerta como no existe en ninguna otra parte del mundo. Nosotras queremos proteger sus beneficiosas semillas para la convivencia y para nuestra supervivencia. Y somos conscientes de que la huerta histórica situada entre Natzaret y Pinedo, la huerta de La Punta, se encuentra bajo la amenaza de destrucción y pérdida para la ciudad de Valencia, debido al afán expansivo del puerto de Valencia y de su depredadora ZAL.

Nosotras, mujeres que estimamos nuestra ciudad y su huerta,

sabemos que esta nueva agresión a la diversidad de cultivos de hortalizas, se hace a favor de unos intereses privados y especulativos que conciben el tejido vivo de estas tierras agrícolas como si fuera un solar inerte, y todo ello se quiere realizar con la finalidad de hacer grandes beneficios económicos. Nosotras sabemos que la ZAL responde a las percepciones ciegas y unidireccionales que guían las políticas intolerantes con las necesidades frugales de los cultivos de huerta. Son unas políticas que favorecen el dominio omnipotente del desarrollismo urbano obsesionado por el crecimiento ilimitado del cemento y del asfalto que nos invade por todos los lados. Nosotras sabemos que estas megalomanías urbanizadoras también impulsan la pesadilla social del individualismo insolidario y la homogenización gregaria.

Nosotras, mujeres comprometidas con la sostenibilidad de la ciudad de Valencia,

estamos a favor de un otro modelo de ciudad y de urbanismo, y por eso, queremos un desarrollo urbano más pacífico, que no sea antisocial ni antiecológico. Por el contrario, queremos que lo urbano se mezcle creativamente con lo rural, y que sea respetuoso con el tradicional ecosistema y pulmón agrícola de la ciudad. Nosotras queremos una nueva convivencia entre lo rural y lo urbano, una simbiosis capaz de eliminar las heridas venenosas infringidas a la valiosa biodiversidad agrícola que ha convivido milenariamente con la ciudad de Valencia.

Nosotras, al pronunciar estas palabras, ofrecemos a la tierra de La Punta la riqueza viva de estos dos árboles. Con la savia y las raíces de estas dos moreras, nos comprometemos personal y colectivamente, delante de la Madre Tierra y delante de nuestra ciudad, a salvar la huerta agrícola de los sufrimientos urbanizadores que nos empobrecerían dolorosamente, y que privarían a las generaciones presentes y futuras del disfrute de la vida y de las generosas cosechas que la huerta nos ofrece.



